

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL CONGRESO NACIONAL,
CON OCASION DE LA CONMEMORACION DE LOS 150 AÑOS DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE

VALPARAISO, 12 de Agosto de 1992.

Señoras y señores:

Agradezco al Honorable Senado la oportunidad que me da para participar en este justo homenaje.

Se van a cumplir 150 años desde que se promulgó, el 19 de noviembre de 1842, la ley que creó, con el título de Universidad de Chile, "un cuerpo encargado de la enseñanza y el cultivo de las letras y las ciencias en Chile". Al año siguiente, en una mañana de septiembre, salió desde el palacio de gobierno una columna integrada por miembros de los poderes Ejecutivo y Legislativo, los doctores, académicos y estudiantes, en dirección a los salones de la Universidad de San Felipe, donde sesionaba la Cámara de Diputados, para inaugurar solemnemente la nueva Universidad, que ya no sería del rey, sino de la nación.

Casi siglo y medio después, estamos reunidas las mismas instituciones de la República para rendir homenaje a esa Universidad, que efectivamente ha sido de Chile, que ha moldeado su cultura, formado a sus jóvenes y servido a su desarrollo.

Su fundación significó fortalecer nuestra organización institucional, porque ella no sólo fue un centro de educación superior; sobre la Universidad de Chile recayó la responsabilidad de organizar un sistema nacional de educación en todos sus niveles y la de ser el hogar de las ciencias, las letras, las artes y las

profesiones; sobre ella recayó también la responsabilidad de formar el sentimiento de unidad nacional que habría de darle cohesión y sentido a la nueva República.

Por eso, la conmemoración de su sesquicentenario trasciende con creces a la comunidad académica que la conforma. Es un aniversario que nos compromete a todos y nos invita a reflexionar, como aquí se ha hecho, sobre los desafíos que el mundo del conocimiento nos impone como nación.

Somos herederos de una rica y noble tradición.

Imaginemos por un instante el Chile de la década de 1840. La lucha por la Independencia había sido dura y compleja. Había requerido de un gran esfuerzo militar para establecer la soberanía del territorio. Ganada la guerra externa, había sido necesario abocarse a la organización de un nuevo orden. Con la vigencia de la Constitución de 1833, Chile logró establecer la legitimidad de un sistema político republicano y representativo fundado en el estado de derecho, que se expresó en las instituciones que le dieron estabilidad y solidez.

Entonces se inició uno de los procesos más exitosos de nuestra historia: lograr la unidad política para abocarse a las grandes tareas nacionales; organizar la administración pública y establecer un régimen financiero que promoviera la prosperidad del país.

Junto a ello, comenzó a florecer nuestra vida intelectual. La educación fue concebida por todos nuestros estadistas como el fundamento más sólido sobre el cual debía establecerse la libertad del ciudadano y el progreso nacional.

Chile deseaba ardientemente incorporarse a las grandes herencias que llegaban desde Europa: la revolución democrática y la revolución científica y técnica, que habrían de marcar tan profundamente nuestro mundo moderno. En ambas, el conocimiento tenía una importancia primordial.

Este país, que había sido la más lejana y pobre colonia del imperio español, emprendió una de sus hazañas más ambiciosas: fundar un sistema educacional. Esta hazaña se encarnó en una institución: la Universidad de Chile; y también en un hombre: don Andrés Bello.

La huella imborrable de Bello está en cada una de nuestras instituciones fundamentales: en nuestro ordenamiento jurídico,

partiendo por el Código Civil; en nuestro derecho internacional; en nuestras letras, empezando por la gramática; en nuestras ciencias y en la historiografía. Su huella es soberana en nuestra educación superior.

Andrés Bello, uno de los más grandes humanistas que ha producido nuestro continente, llegó a Chile porque este país era una tierra que amaba la libertad. El comprendió como nadie la dimensión de los desafíos que enfrentaba América Latina y las dificultades que tenía para resolverlos. Auxiliado por su sólida formación clásica y por su pasión por el conocimiento científico, emprendió la tarea con celo y rigor, con ejemplar austeridad, así como con una decisión y persistencia incommovibles.

No renunció nunca a mirar a Chile y a nuestro continente desde su propia realidad, para encauzarlo hacia metas ambiciosas y universales. Nada más lejos de su mente que las utopías; pero nada fue más propio suyo que la adhesión a grandes valores e ideales.

La Universidad concebida por Bello fue un modelo de equilibrio; de equilibrio entre el conocimiento científico y el humanista, entre el valor de la ciencia y de la religión, entre la libertad y la moral, entre la investigación y la formación, entre el conocimiento puro y el aplicado, entre el valor universal del saber y los requerimientos de una nación.

En su discurso inaugural estampó su sello fundador: "Porque... el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria".

Nos llamó a hacer "ciencia nacional", es decir, a aportar nuestra investigación a la ciencia universal y aprender a aplicarla a nuestra propias necesidades.

Las palabras pronunciadas por Bello resuenan con sorprendente actualidad. La realidad de hoy ciertamente es distinta a la del siglo XIX. Sin embargo, como también lo ha destacado el señor Rector en el discurso que le acabamos de oír, hay una continuidad fundamental: cómo se incorpora Chile a los desafíos mundiales y cómo la ciencia, la tecnología y la educación deben estar al servicio de la integración social de la nación.

La hazaña iniciada a mediados del siglo XIX fue en muchos

sentidos exitosa. Chile tuvo uno de los sistemas educacionales más sólidos del continente, logrando integrar espiritual y geográficamente a la nación. La Universidad se constituyó lentamente en un centro científico y profesional; formó a generaciones de jóvenes chilenos, ya fuera para la actividad pública o privada, con un fuerte sentido de servicio al bien común y a la nación; cobijó la libertad de pensamiento, el disenso razonado, pluralista y democrático; sus puertas estuvieron abiertas al talento más que a la fortuna; fue una vía para igualar oportunidades y democratizar a las elites dirigentes. Su investigación apoyó estrechamente el desarrollo económico y productivo del país.

A lo largo de su historia, también la Universidad de Chile ha experimentado etapas de dolor y quebrantos en momentos de crisis nacional. Nada de lo sucedido en el país le ha sido indiferente, porque siempre ha estado al centro de nuestra convivencia. Restaurada hoy su autonomía, se levanta con renovados bríos para enfrentar los requerimientos de los nuevos y promisorios desafíos del siglo que viene.

Heredera de una rica tradición, la educación superior chilena es uno de los ejes sobre los cuales se sustenta nuestro proyecto de país.

En las Universidades, Institutos Profesionales y Centros de Formación Técnica, distribuidos a lo largo del territorio nacional, se forman los hombres y mujeres llamados a ocupar mañana la primera línea en la tarea de crear una sociedad más sólida, más libre, más justa, próspera, democrática y participativa.

Además, los núcleos vitales de nuestra capacidad científico y tecnológica, fundamental para el desarrollo nacional, se encuentran radicados en el sistema de educación superior.

El Gobierno que presido así lo entiende, y por ello atribuye prioritaria trascendencia a las tareas universitarias, de las que depende en gran medida nuestro futuro como nación.

Hemos restablecido y cautelaremos con toda energía la plena vigencia de la autonomía de las Universidades, base de su libertad y creatividad. Del mismo modo, apoyamos por diversos medios su desarrollo y alentamos la modernización de su gestión. Comprendemos las inquietudes que ha planteado el señor Rector, y creemos que es deber de todos quienes tenemos responsabilidades en la conducción de nuestra Patria, contribuir a encontrar medios adecuados para dar respuesta a esas inquietudes.

Estamos especialmente empeñados en crear las condiciones que favorezcan, en todos los niveles y sectores de la educación superior, un mejoramiento de la calidad, de la equidad y de la eficiencia de las instituciones. Sólo en la medida que avancemos resueltamente en esa dirección podremos contar con un sistema vigoroso, capaz de hacer frente a los desafíos del futuro.

Necesitamos elevar la calidad de la enseñanza, para asegurar que nuestros jóvenes reciban una formación profesional y ética que esté a la altura de las exigencias a que se verán sujetos cuando ingresen al mundo del trabajo.

Necesitamos aumentar la equidad del sistema, de modo que los jóvenes de más talento, pero de escasos recursos económicos, puedan beneficiarse de la educación superior.

Por último, necesitamos que todas nuestras instituciones operen con mayor eficacia y eficiencia, pues sólo así podremos hacer rendir al máximo los recursos y contribuiremos a incrementar los niveles de rendimiento de nuestra sociedad.

Hemos buscado -y seguiremos buscando- las medidas necesarias y eficaces para alcanzar estas metas que se apoyen en consensos básicos de la sociedad, pues estamos convencidos que en esta materia, como en tantas otras que comprometen nuestro futuro, necesitamos del concurso de todos, y de políticas sostenidas en el tiempo.

La educación, en particular la de nivel superior, se ha convertido en uno de los factores más decisivos para el desarrollo de los países. Nuestra economía, abierta al mundo y sujeta a las reglas de una intensa competencia internacional, depende progresivamente más y más de la capacidad de cada chileno para aprender, emprender y usar la información y los conocimientos disponibles.

Estamos alcanzando un umbral tras el cual, por primera vez en nuestra historia, el desarrollo sostenido del país se verá potenciado o limitado según sea el éxito de su sistema educacional para alcanzar metas siempre más altas de calidad, equidad y eficiencia.

Frente a este desafío, donde el horizonte de los nuevos

tiempos parece estar al alcance de la mano, reitero mi fe en la capacidad de los universitarios chilenos para contribuir decisivamente a desarrollar la sociedad que anhelamos construir.

En esta tarea nacional, cabe a la Universidad de Chile un papel esencial y prioritario, como la primera entre nuestras instituciones de educación superior, depositaria de nuestra más antigua tradición intelectual y como uno de los centros más dinámicos de nuestra vida cultural a lo largo de siglo y medio.

Su presencia rectora, renovada tantas veces según las circunstancias de cada época y al compás de las transformaciones de nuestro Chile, podrá manifestarse ahora, nuevamente, como ejemplo de una institución que cambia para adelantarse a los tiempos y de esa manera conservar su capacidad de influir, enseñar y conducir. Así, por lo demás, han logrado mantenerse en la punta de sus sociedades las universidades más viejas del mundo, creando con ello una de las más ricas y nobles tradiciones del espíritu de Occidente.

La Universidad de Chile fue creada justamente en ese espíritu, como continuadora de una tradición más que secular. Hoy nos corresponde a nosotros -pero en primer lugar a las autoridades, profesores, estudiantes y personal de la Universidad- proyectar ese espíritu hacia el próximo siglo, encarnándolo en las condiciones del presente y permitiendo que se despliegue libre y creativamente hacia el futuro.

Honorables Parlamentarios
Universitarios
Señoras y señores:

Como muchos de los aquí presentes, me formé en la Universidad de Chile, de la cual me considero hijo intelectual. Después continué en sus aulas como académico, compartiendo con colegas y alumnos la común tarea de cultivar el conocimiento al servicio de Chile y su cultura. Me precedieron en el tiempo y la sabiduría mis maestros; me sucedieron en juventud y en aprendizaje mis discípulos. Así, de una generación a la siguiente, la Universidad ha cumplido su misión, al tiempo que crecía, se modernizaba, se volvía más compleja e iba vinculándose de mil maneras a la realidad social.

Su papel de siempre ha sido servir a la Nación como fuente de conocimientos, como centro de formación y como un lugar desde donde irradia la cultura superior; ha sido lugar de encuentro, de debate y de crítica razonada; ha enriquecido el movimiento de ideas y nos ha vinculado al mundo exterior de la ciencia y la tecnología; ha alimentado la discusión pública sobre las opciones de nuestro desarrollo y ha contribuido a abordar problemas cruciales de la sociedad.

Por todo esto, esta Universidad lleva con plena legitimidad el nombre de Chile. Allí reside, asimismo, su mayor responsabilidad.

Muchas gracias.

* * * * *

VALPARAISO, 12 de Agosto de 1992.

MLS/EMS.